

Los encantos de una planta

## Zamarraga: la fortaleza y el respeto de un forastero

Zamarraga, zancaraña y escoba son algunos de los términos populares con los que se conoce a *Conyza canadensis*, una planta que no pertenece a la flora Ibérica y, sin embargo, se encuentra abundantemente distribuida en todo su territorio. Sus nombres, casi despectivos, podríamos decir que no reflejan precisamente sus virtudes, pues lo cierto es que carece de ellas, al menos de las estéticas. Sin pretender ser discriminatorios, hemos de reconocer que su apariencia es escasamente agraciada, pues presenta un aspecto algo grosero, desgarrado y descuidado que no invita a otras denominaciones más delicadas.

Sin embargo, superado este primer desprecio no hemos podido resistirnos a sus otros "encantos"; que los tiene, aunque algo ocultos. Así, como suele decirse "las apariencias engañan", e invitamos a los lectores a que no se queden en ese primer impacto negativo y profundicen un poco más en su interesante historia. Una crónica muy relacionada con sus ingeniosas adaptaciones que le han otorgado grandes ventajas frente a sus competidores: su eficaz dispersión, una floración tardía y la presencia de toxinas capaces de limitar los daños de sus depredadores, son sólo algunas de ellas.

La zamarraga es hierba anual de altura prominente, alcanzando hasta 1,5 metros de desarrollo, lo que junto a su hábito de crecer en amplias comunidades revelará rápidamente su presencia, siendo fácilmente localizada. Este enorme tallo es erguido, pobremente ramificado y cubierto de escasas hojas simples. Las flores están dispuestas en abundantes capítulos muy pequeños, agrupados éstos en inflorescencias localizadas hacia los extremos de los citados tallos, son poco o nada llamativas. De la floración de la zamarraga sorprende su época, pues surge a finales del otoño o principios del invierno cuando pocas son las especies que se

**La zamarraga es hierba anual de altura prominente, alcanzando hasta 1,5 metros de desarrollo, lo que junto a su hábito de crecer en amplias comunidades revelará rápidamente su presencia, siendo fácilmente localizada.**

atreven a mostrar sus flores. Y es que el venadillo -como también es conocida- no teme las bajas temperaturas, soportando con estoica resistencia los fríos y heladas más despiadadas. El motivo de este retraso en la floración tiene que ver con su éxito invasivo, pues esta especie comienza su ciclo vegetativo a finales del verano o principios del otoño, un tiempo en el cual la flora mediterránea se encuentra agostada, en reposo hasta el próximo año. La zamarraga aprovecha esta circunstancia, típica de la vegetación mediterránea, para ocupar el mismo territorio, ahora desierto. Para ello debe ser capaz de poseer una alta resistencia a la sequía y eludir a los hambrientos depredadores, ahora ansiosos por la escasez de alimentos. Inconvenientes a los que también está preparada, pues posee una reducida superficie foliar que limita su deshidratación y contiene sustancias tóxicas que rechazan la tentación de cualquier herbívoro.

Tras las flores surgen los abundantes vilanos que delatan la eficaz dispersión de sus semillas gracias al viento (anemocoría), típica como hemos visto en anteriores artículos de los representantes de la familia de las compuestas a la que pertenece. Una reducida semilla y un buen diseño -ligado a la ya descrita adaptación ecológica- han conseguido que seamos literalmente invadidos por esta especie en prácticamente todo nuestro territorio nacional. Se han realizado estudios con estas simientes comprobando que pueden alcanzar más de 100 metros de distancia desde su planta progenitora, aunque probablemente sea muy superior llegando incluso a varios kilómetros, evidenciando un elevado potencial de dispersión.

Y es que en ocasiones olvidamos que tras el descubrimiento de América además de producirse la colonización de este nuevo continente por parte de los europeos; nuestro territorio, la vieja Europa, casi a la vez se iba viendo colonizado por nuevos representantes del reino vegetal. Algunos de forma voluntaria, invitados por el hombre (la patata, el girasol o el maíz, son tan sólo algunos ejemplos), pero otros como polizontes de



nuestras naves que retornaban de las Nuevas Indias con oro y otras riquezas, ocultos en las prendas de vestir de los bravos marineros o simplemente mezclados con semillas más valiosas, pasaron desapercibidos. La zamarraga fue una de esas discretas invasoras originaria de América del Norte. Se cree que su llegada a Europa fue a mediados del siglo XVI, concretamente en el año 1655 se citaba en un catálogo de plantas cultivadas en el jardín de Blois, en el valle del Loira (Francia). Existen también referencias posteriores a su presencia en diversos puntos de Francia (Paris, Montpellier). No obstante, Thellung (1912) cree en la hipótesis de su llegada en el siglo XVII, curiosamente dentro de un ave disecada traída a Europa, pues los frutos de *Conyza canadensis* eran empleados por aquel entonces como relleno en las labores de taxidermia. Sea como fuere, lo cierto es que su eficaz dispersión y adaptabilidad permitió su rápida implantación en territorio europeo. En España la primera cita sobre esta planta la realiza el botánico Quer hacia 1784, quien señala ya su presencia en campos, huertos y jardines. En la actualidad se puede localizar en la mayor parte de la Península Ibérica. Esta planta se ha comportado también como invasora en muchas otras partes del globo: Australia, Tasmania, Nueva Zelanda, Sudáfrica, América del Sur y Central, Antillas, Bahamas, Islas Galápagos y Asia. Sin lugar a dudas, un proceso que todavía hoy continúa.

Nadie discute que las especies alóctonas pueden causar numerosos problemas al invadir ecosistemas frágiles y desplazar a determinadas especies poniéndolas en algunos casos en una situación crítica. Sin embargo, la zamarraga ha sabido introducirse de forma útil, al igual que el foráneo recién llegado a una nueva tierra en busca de cobijo. Y así, *Conyza canadensis* ha encontrado un espacio poco ocupado, aquel que nadie quiere, despreciado por muchas de las especies autóctonas que evitan estas difíciles condiciones. Unos ambientes muy alterados por el hombre, lugares ruderalizados y poco cuidados como los márgenes de



**Tras las flores surgen los abundantes vilanos que delatan la eficaz dispersión de sus semillas gracias al viento.**

las carreteras, las cunetas, las medianas abandonadas y los bordes de campos de cultivo donde el venadillo tiene ahora su reducido reino. Estas hierbas no deben ser consideradas invasoras en el sentido estricto pues tienen poca capacidad de colonizar los ambientes no perturbados y su tiempo de floración no afecta al desarrollo de la flora local. Su gran resistencia hace que sea capaz de soportar incluso aplicaciones de Glifosato, materia activa de conocidos herbicidas. Posee eso sí, sus propios sistemas de defensa, emitiendo sustancias con efectos alelopáticos inhibiendo el desarrollo de otras especies competidoras.

El venadillo lleva poco tiempo con nosotros, por lo que no resaltan sus aplicaciones en la cultura popular

europea. Si bien, la etimología de su nombre científico nos delata un conocido uso. El término *Conyza* proviene del griego *kónops*, mosquito, en alusión a su capacidad de repeler a estos y otros insectos. Se conocen casos en los que se empleaba incluso para repeler las pulgas. De sus propiedades medicinales podemos decir que se ha utilizado aquí y en el continente americano para contrarrestar hemorragias internas y como astringente. También es eficaz en el tratamiento contra las diarreas y la gota, 2 o 3 tazas diarias en infusión del 2 - 3 % serán suficiente remedio.

En esos pequeños retales de naturaleza que se desprenden con cierta rebeldía de la trama urbana y a la que se resisten a ser incorporados -donde en no pocas ocasiones nos inspiramos para estos artículos-, la zamarraga cumple un papel relevante. Casi nadie discutirá una vez más sus reducidas cualidades estéticas, nos resistimos a reconocerlo pero lo cierto es que es planta poco agradada. Pero bien es verdad igualmente que realiza casi una función social. Llevando "lo verde" allí donde nadie es capaz. Ocupando esos espacios olvidados, aquellos que ha denominado el paisajista Gilles Clément como "El tercer paisaje". De ellos dice que son "espacios indecisos, desprovistos de función, a los cuales resulta difícil darles nombre... todos ellos constituyen un refugio para la diversidad".

No deja de resultar paradójico que sea una especie foránea la que de vez en cuando intente llamar la atención de estos refugios olvidados de nuestra moderna civilización. Tal vez tenga que ver con la globalización y los nuevos tiempos que corren...

**J. Ramón Gómez Fernández**

ramongomez@herbanova.es

**PARA SABER MÁS...**

[www.arquitecturapaisaje.com](http://www.arquitecturapaisaje.com)